

¿Cuándo abriremos los ojos y verán las personas adineradas, que también hay 7 *Obras de Misericordia espirituales* a que atender, la 1ª de las cuales es «enseñar al que no sabe»?

En resumen y sin rodeos: proclamemos a los cuatro vientos que hemos de darnos cuenta de la situación real en que está nuestra sociedad; hemos de darnos cuenta de que en esto hemos sido sumamente superficiales. Nuestra situación real es tal que aun los católicos que poseen una cultura superior en los otros ramos científicos y profesionales, sólo conocen las riquezas de su Fe, su Teología y Filosofía, por lo que han «vivido» de piedad dentro de su familia, y por lo que aprendieron cuando niños en la escuela o en la segunda enseñanza. Todo el resto de cultura católica superior no cuenta para ellos: es algo tan poco asequible como la cumbre del Himalaya, o como un jeroglífico egipcio.

¿Qué hacemos, que nos dormimos si imaginamos que nuestro mundo puede regenerarse si sigue así? No. Siguiendo así no puede tender a regenerarse, sino tender a un practicismo materialista, propicio para el desarrollo de todas las revoluciones.

Es hoy día una necesidad vital, de primera urgencia, que los católicos responsables abran de una vez los ojos, y se den cuenta de que no son «cuestiones inútiles» sino vitales, todas las que se refieren a informar nuestra sociedad con una cultura católica superior, y que las revoluciones antes de vocear en las plazas y levantar barricadas en las calles, han nacido y tomado cuerpo entre las ideas de un filósofo y científico, e informado un círculo cultural determinado.

El *Instituto Filosófico de Balmesiana* que ha nacido precisamente para poner una migaja de levadura en medio de una sociedad empastada en la dureza de la masa sin fermentar, llama de nuevo la atención a todos los hombres de buena voluntad: es preciso, es absolutamente indispensable que esté al alcance de todos los católicos de hoy, el rico contenido de ideas filosóficas y teológicas de nuestra cultura.

Por Dios, no vayamos a imaginarnos que una planta vive, cuando está pegada en el álbum de un herbario; ni creamos que hemos progresado en lo más importante, mientras hayamos de cortar en un auto sacramental aquellos párrafos que la gente de hoy «no entiende»...

No es lo mismo colocar en casa una imagen gótica, que al fin adorna como adornaría una pieza de museo, que ponerla como algo que vivifica una familia, secando sus lágrimas, bendiciendo su felicidad, recogiendo sus anhelos y dando a toda la vida un sentido divino.

Recogiendo lo que nos dice la historia, ya es hora de que abramos los ojos.

El valor de la razón, cuestión actual *

En la historia del pensamiento se advierte una oscilación entre exceso de estimación de la razón y su menosprecio.

Podemos distinguir entre exceso de estimación de la razón o racionalismo en relación con la Revelación y exceso de estimación de la razón o racionalismo dentro del círculo filosófico y sin relación directa con la Revelación.

El racionalismo en relación con la Revelación ha tomado históricamente dos formas capitales:

a) Adhesión al contenido del dogma, pero negando el carácter de misterioso que tienen algunos dogmas, afirmando que la razón podía descubrirlos o que una vez revelados los puede demostrar, es decir, no ya probar la evidencia de su credibilidad, no ya demostrar que no repugnan a la razón evidentemente o que evidentemente no repugnan, sino demostrar su evidencia intrínseca.

b) Negación de la Revelación por estimar que no hay fuente de conocimiento superior a la razón natural, negando la posibilidad de la Revelación o su realidad histórica.

Dentro del círculo filosófico y sin relación al orden sobrenatural el racionalismo consiste en considerar la razón como única fuente de conocimiento en cuanto las demás llamadas fuentes de conocimiento no proporcionan conocimientos sino datos para que la razón elabore conocimientos.

Esta es a mi juicio la definición del racionalismo filosófico, porque no se debe considerar racionalista al que afirma que las otras fuentes de conocimiento, experiencia y autoridad, no llegan a tener valor fundadamente reconocible por el hombre hasta que son avaladas por la razón; porque ésta es la posición no del filósofo racionalista, sino de todo filósofo que no sea dogmático o ingenuo, de todo filósofo que esté persuadido de la necesidad lógica de la Teoría del conocimiento, de la Crítica.

Prescindiendo de un recorrido histórico para señalar períodos de dominio de racionalismo y otros de dominio antirracionalista y ateniéndonos al estado actual, bien podemos decir que hoy hay una poderosa corriente antirracionalista en que muchos están inmersos, y a la cual todos debemos prestar

(*) Del cursillo profesado en el Instituto Filosófico de Balmesiana el 4 de febrero de 1954.

atención: 1º para que la corriente no nos arrebate; 2º para salvamento de los sumergidos; 3º para evitar que mentes incautas se sumerjan.

Diversos afluentes, algunos heterogéneos entre sí, tiene esta corriente: el kantismo con su negación del alcance de la razón teórica en el orden de lo trascendente, el positivismo, el tradicionalismo filosófico, el sentimentalismo, Nietzsche, el pragmatismo, Bergson, el modernismo, el existencialismo, el historicismo relativista.

Todas estas doctrinas han dejado influencias y tienen seguidores en nuestro medio español; influencia acrecentada respecto de algunas por figuras señaladas de nuestro medio. Estamos padeciendo la sobreestimación de Unamuno, que califica la Lógica de uno de nuestros más crueles tiranos, que se zambulle en la contradicción, y que ve toda doctrina como objetivación de una modalidad sentimental subjetiva, y para quien la bondad no deriva de la creencia en Dios, sino que ésta deriva de la propia bondad del sujeto. Exaltación de Donoso Cortés sin discernir entre unas y otras de sus doctrinas, sin hacer las pertinentes salvedades respecto de aquellas tan reiteradas sobre la imposibilidad de certidumbre en el entendimiento humano, el parentesco estrechísimo entre la razón humana y el absurdo, la repugnancia inmortal y la repulsión invencible puesta por Dios entre la verdad y la razón del hombre después de la caída de éste, el seguimiento del error por la razón doquiera que aquel vaya. Plotino y Tertuliano entre los antiguos, Pascal y Nietzsche entre los modernos encuentran entusiastas entre la juventud universitaria. No faltan filósofos de las Ciencias que proclaman que toda obra de Física se ha de considerar caduca a los dos años de publicada, con lo cual los frutos de la razón no pasarían de bienales. Filósofos católicos que aunque como tales acaten el dogma del Concilio Vaticano sobre la cognoscibilidad de Dios por la razón, niegan el valor de cada uno de los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios, sin que por su parte elaboren ninguno si no es fundado en la conciencia sentimental. Personas que recelan de que los cuestionarios de Religión para la Enseñanza Media contengan prueba, a su juicio, demasiada de los preámbulos de la Fe, pruebas, dicen, que engendran más dudas que convencimientos; la enseñanza de la Religión, dicen, debe consistir en hacer que los muchachos sientan y vivan a Jesucristo, que se empapen de Cristo y de su doctrina.

Este menosprecio de la razón es el abatimiento de la dignidad humana, la cual fundamentalmente radica, dentro del orden natural, en la capacidad del pensamiento sobre lo abstracto y lo espiritual: cierto es que dignifican al hombre los sentimientos elevados, pero los sentimientos elevados son los henchidos de in-

tuición intelectual y de racionalidad; dignifica al hombre su voluntad libre enderezada al bien aun con sacrificio, pero la libertad tiene su raíz en el conocimiento abstracto del bien.

Tal menosprecio de la razón es contra el concepto católico de la Fe: «rationabile obsequium». Dice Boralde en sus «Pensées sur divers sujets de religion et de morale»: «... la foi je dis la foi chrétienne, n'est point un pur acquiescement à croire, ni une simple soumission de l'esprit, mais un acquiescement et une soumission raisonnables, et si cet acquiescement, si cette soumission n'étaient pas raisonnables, ce ne serait pas une vertu. Mais comment sera-ce un acquiescement, une soumission raisonnables, si la raison n'y a point de part?». Dice Jeanniére en su «Criteriología»: «Una religión radicada en los dictámenes de la razón práctica, si es que existe, no es otra cosa que religiosidad nebulosa», aduciendo el texto siguiente de la «Crítica» de J. Donat: «De aquí que una fe y una religión de esta clase tal vez se pueden mantener por algún tiempo en hombres de tierna índole, de vívida fantasía y mente confusa, pero no con constancia, cuando luego el entendimiento advierte ilusiones» (Parte 1ª, cap. IV, tesis 19 «El último criterio de verdad, aun de la religiosa, no puede ponerse en una fe ciega, que sea instintiva, o sentimental o moral»; pág. 302 de la edición de París, 1912).

La razón presta a la Teología, y en consecuencia a la Fe, los siguientes servicios: muestra la evidencia de la credibilidad; y el hombre no creería —dice San Agustín— si primero no pensase que se ha de creer; el hombre no creería —dice Santo Tomás— si primero no viera que se ha de creer; establece los conceptos por cuyo medio la inteligencia conoce la doctrina revelada; permite la exposición sistemática de los dogmas; deduce los dogmas sólo revelados de manera virtual o implícita; y remueve los impedimentos de la Fe.

Empapar de Cristo al joven, como dicen algunos, pero sin formar en su mente una convicción racional de su fe, es exponerlo a que un día cuando otros amores o amoríos o intereses lo empapen, quede sin aquella protesta salvadora de la razón que en medio de los malos caminos se yergue clamando: «te desvías de la Verdad». Quien en culto a la Verdad se formó, está mejor dispuesto a volver a la vez al Camino y a la Vida; en el joven de formación religiosa meramente sentimental el instinto vital animal domina más fácilmente sin protesta.

Estimemos la razón en lo que merece.

La razón ha levantado el edificio portentoso de la Matemática. Y ésta vale para el hacer en el mundo de lo sensible, como muestra la técnica. Y con arreglo a la Matemática discurren los astros, y tienen marcadas sus órbitas los electrones del átomo.

Lo real lleva la impronta del Logos, que «todo lo hizo con número, peso y medida». Por ello, Adams y Le Verrier pudieron anticiparse al descubrimiento de Saturno demostrando que más allá de Urano tenía que existir otro planeta, precisando además Le Verrier la situación en que tenía que encontrarse en un momento dado; predijo Mendeleeyeff la existencia de elementos todavía no descubiertos entonces, determinando sus constantes físicas y buen número de sus propiedades, confirmado luego todo por los descubrimientos y por la experimentación; prevé la Genética el modo de distribuirse los caracteres hereditarios; se determina la dimensión angular del tiro para fijar su alcance; elaboró Einstein la teoría de la desviación de la luz, confirmada más tarde por la observación de Eddington, y predijo Dirac la existencia del electrón positivo antes que hubiese sido empíricamente descubierto.

Sin la razón ni la intuición de uno mismo ni la introspección devendrían claras, distintas ni profundas; ni la existencia sería concebida ni el existencialismo expuesto; se la necesita aun para combatirla; Vicaria de Dios en el hombre, como dice el P. Lapuente, por ella, como dice San Agustín, la fe católica «gignitur, nutritur, defenditur et roboratur».

Se dice que la razón pecó por exceso; no; realmente pecó por defecto: no pecó por ampliar y ensanchar sus dominios, sino por haber descuidado uno de estos, por no haberse aplicado debidamente a la función reflexiva sobre la realidad del conocimiento humano, mostrado en la introspección y en la Historia de la Ciencia; sobre el hecho de estar substancialmente unido a la animalidad, sin el poder ni la clarividencia inmediata de un espíritu puro; pecó no por exceso, sino por defecto, puesto que pecó por soberbia, y la soberbia no es racional, no es claridad de razón, sino humo satánico echado por el infierno contra la gran verdad que es la humildad, derivada lógicamente del propio conocimiento.

Erró también por no razonar suficientemente al no sacar la consecuencia que se deduce de que las potencias reciben de su objeto la especificidad de su ser, y de que el objeto de la razón es la verdad; y así desviada la razón del amor de la verdad, cayó ilusa en la idolatría de subjetividad.

Así al errar la razón, erró no por demasiado razonar, sino por razonar poco.

PEDRO FONT PUIG,
*Catedrático de Psicología
de la Universidad de Barcelona.*

La Filosofía de las Ciencias en los Estados Unidos

La supremacía de la técnica en los Estados Unidos impresiona al visitante, y no meenos impresiona el encanto que sobre las masas ejerce la ciencia, soporte de la técnica. El cosmotrón y el cerebro electrónico ocupan espacios de privilegio en los semanarios ilustrados. Los dichos de Einstein (y aun sus despropósitos) se comentan respetuosamente en la prensa diaria. «En importantes secciones de nuestra vida moderna —ha escrito un autor del país— la ciencia ha ocupado el puesto reservado a Dios en la confianza de nuestros antepasados» (1).

Durante el siglo XIX y parte del XX la aclamación del pueblo iba más al inventor (Edison por ejemplo) que al investigador (Gibbs por ejemplo). Hoy en cambio interesan al gran público sobre todo investigadores como Compton y Oppenheimer. También la actitud de la generalidad de los científicos ha mudado visiblemente en lo que llevamos de siglo. Manifiestan hoy una honda preocupación en los problemas básicos y aun en los presupuestos filosóficos de la ciencia. Se vaticinó que, después de la última guerra mundial, Norteamérica alumbraría una edad de oro de investigación y filosofía científica. Siempre es arriesgado el vaticinar; pero es un hecho que Norteamérica marcha hoy a la cabeza de las naciones en el campo de la investigación científica tanto experimental como teórica.

En este ambiente no sorprende que la ciencia constituya un objeto predilecto de meditación filosófica. Si excluimos las corrientes católicas, la filosofía americana «se encuentra aún —dice Sciacca— en la fase de la exaltación y del entusiasmo, de la idolatría de la ciencia y de los métodos científicos, y cree que el cientismo filosófico o el filosofismo cientista es la vía infalible del progreso y de la salvación de la humanidad» (2).

(1) H. E. Fodsick, *Christianity and Progress* (New York: Reveal, 1922), p. 52.

(2) «Breves consideraciones sobre la filosofía norteamericana», *Arbor* vol. 26 (1953) p. 396.